

Introducción

I.

No cabe duda de que 2018 será un año de riesgos pero también de oportunidades. Desde la perspectiva del devenir político nacional, se abrirá nuevamente la ventana del futuro del país, como cada seis años, en el marco del debate político por la presidencia de la República. De hecho, se celebrará la elección más grande la historia del México moderno porque se renovarán cargos de representación y gobierno en los diferentes órdenes en todo el país. México podrá confirmar su vocación democrática y, al mismo tiempo, delinear la ruta que permita abrir el futuro.

Habrà la oportunidad de analizar el camino que se ha seguido en materia económica, política y social, así como la de evaluar la calidad de los resultados obtenidos a la fecha. De manera importante, también se tendrá la posibilidad de rescatar la reflexión del país de la inmediatez donde se le tiene confinada, tanto para comparar lo alcanzado con el mundo que nos rodea en esta segunda década del siglo, como con lo que el país puede llegar a ser a 2050; en tan solo tres décadas más. Esa mirada de largo plazo se torna fundamental para desmontar los obstáculos que le han impedido al país generar condiciones de crecimiento incluyente y transformador. El corto placismo le ha salido muy caro a las naciones que no han sabido encarar el porvenir con ambición y altura de miras.

Nuestras reflexiones tendrán que tener como punto de partida el hecho de que algo no anda bien en el país, si nos atenemos a sus altos grados de insatisfacción, desigualdad y violencia. Incluso, que algo anda muy mal, si vemos con más cuidado la preocupación de algunas regiones por las condiciones de vida concreta en las que conviven millones de seres humanos. Pero nuestro análisis tendrá que prever también que la oportunidad de insertar un debate abierto y propositivo tampoco será fácil pero es posible. Ello a pesar de la dinámica en la que han prevalecido los dogmas del siglo XX y un desgaste moral de la política. La oportunidad, de nueva cuenta, reside en nuestra capacidad para mirar hacia adelante con inteligencia y ambición.

De hecho, las propias inconsistencias políticas, económicas y sociales, que han conducido a un hartazgo generalizado de la sociedad, también brindarán una plataforma de despegue para propuestas de transformación. Lo que sabemos es que más de lo mismo ya no alcanza para ninguna facción política que pretenda conducir al país de manera armoniosa y sustentable; mucho menos para dirigirlo hacia un camino de desarrollo más justo para todos. Sin proyección y proyecto, cualquier intento de gobierno estará destinado al fracaso.

II.

El momento nacional nos reta a todos. Emplaza a la sociedad en su conjunto porque en el camino se ha quedado atrás el crecimiento y la mejora económica y social, se ha descompuesto la convivencia y han resurgido la incertidumbre y la violencia. De manera relevante también se perdió la esencia de quiénes somos y a donde vamos, en un olvido costoso de los valores civilizatorios y sostenibles del país. Se perdió también la identidad nacional, aquella que además de darnos pertenencia pudiera presentarse con orgullo a la sociedad global del siglo XXI. Por eso se extravió ese futuro que en el pasado nos convocó a todos hacia un proyecto de nación. Necesitamos recuperarlo en una versión moderna y actualizada a los retos que impone la centuria que vivimos.

“¿De qué hablamos cuando hablamos de México? –nos cuestiona Lomnitz– El país ha cambiado a tal velocidad durante las últimas tres décadas que es difícil, si no imposible, definir hoy sus contornos? ¿Dónde empieza y dónde termina la nación? ¿Quiénes somos? ¿Que ideas y prácticas nos representan? Esto es, por lo pronto, seguro: los viejos relatos sobre la nación y la mexicanidad ya no sirven en nuestra conflictiva, asimétrica, inabarcable sociedad contemporánea” (Lomnitz, 2016). Tiene razón y, esa realidad, nos interpela a todos.

Recuperar esa identidad perdida, ese rumbo extraviado, ese orgullo de país, entonces, deberá ser un punto de partida la realidad nacional y mundial de nuestro tiempo. Si no sabemos quiénes somos, de dónde venimos, difícilmente sabremos que queremos. Pero, sobre todo, debemos saber en dónde estamos parados, cuáles son las causas mediatas de los problemas que enfrentamos, cuál es la magnitud de los mismos y cómo podemos enfrentar esos retos sin evasiones discursivas y políticas paliativas.

La recuperación del ethos nacional no puede renegar u olvidar el pasado pero debe tener como criterio articulador la apuesta de futuro. Esa apuesta debe inspirar al esfuerzo colectivo en aras de un progreso generalizado. De un progreso que trascienda las voces *modernas* de su negación y lo ubique en toda mejora o innovación favorable a la vida nacional, dentro de un proceso de cambio material y moral que ofrezca un mejor futuro (Zaid, 2016). Sólo así será posible

convocar a los escépticos y, sobre todo, entusiasmar a las nuevas generaciones que ya nacieron en democracia y desconocen el contraste de la vida sin ella.

III.

De manera particular, el debate no podrá olvidar las estrategias de un desarrollo económico y comercial que no solo se cuestionan en México, sino que forman parte de una gran reflexión de la sociedad global en su conjunto.

Resulta evidente que con lo logrado en materia económica los últimos 30 años no alcanza y que la época de crecimiento del 2% promedio del Producto Interno Bruto (PIB) del país no ha sido suficiente para resolver las atingentes demandas de más de las dos terceras partes de la sociedad mexicana.

En ese sentido 2018 se presenta como una oportunidad para que nos preguntemos ¿Por qué no hemos podido romper el cerco del 2% promedio en estas últimas tres décadas? ¿Por qué hemos persistido en una estrategia (dogma) económica que no le está brindando al país lo que necesita? ¿Hay alguna otra alternativa en la economía global que en el mismo periodo este brindando un mayor crecimiento a naciones en vías de desarrollo? ¿Cuáles serían las posibilidades de México? Y de manera fundamental, ¿Cuáles son los cambios de la economía global para 2050; sus principales fortalezas y amenazas? ¿Cómo podría México transformar positivamente su realidad económica actual para la primera mitad del siglo?

Estos y muchos otros cuestionamientos son parte de una agenda económica no resuelta que deberá formar parte del debate en el 2018 por las diferentes fuerzas políticas que pretendan dirigir el destino nacional.

Resulta evidente que los escenarios económicos y comerciales no podrán seguirse aplicando de manera inercial como se ha hecho hasta ahora. México debe asumir un liderazgo en la búsqueda de alternativas que permitan crecimiento con inclusión, desarrollo con libertad y riqueza con igualdad.

IV.

En el terreno político la agenda pendiente no es menor. A los viejos problemas les ha alcanzado su hora. Un ejemplo ineludible es la agenda anticorrupción. Nuestro país se coloca en niveles internacionales de percepción de corrupción semejantes a Laos, Moldavia, Paraguay Djibouti y Honduras; ocupa el lugar 123 entre 176 países en el índice de percepción de corrupción de Transparency International(2016). La ciudadanía está hastiada y desconfiada. Con la institucionalidad electoral más cara del mundo (45 mil

millones de pesos para 2018 incorporando el costo federal y local), y los niveles más bajos de aceptación de los diferentes actores políticos, la renovación política rebasa los límites de una asignatura pendiente. Los insuficientes resultados económicos y la crisis de una política mayoritariamente deshonesto e ineficaz, reclaman la oportunidad de repensarse no solo como parte de una deontología del quehacer político, hoy perdida, sino por la propia sobrevivencia de una generación de actores políticos que empiezan a reconocer *que en el cambio del estado de las cosas* y sobre todo, del resultado de las mismas, se encuentra buena parte de la sustentabilidad de su estatus político y la viabilidad del propio Estado.

No solo la moral y el quehacer político deberían ser llamados a revisión. La institucionalidad dogmática, onerosa, sin resultados, tendrá un lugar relevante en el debate. “Las instituciones del país siguen erosionándose -denuncia Herzog Márquez- Una persistente conspiración corroe su legitimidad, se les incapacita para cumplir su labor, se les ensucia, se les olvida. Se tuercen las normas que las cuidan, se cambian las reglas para desnaturalizarlas, se les abandona como si fueran un estorbo” (Reforma, 2017). En ese terreno emerge con sentido la gesta por lograr un verdadero Estado de Derecho. Sin demagogia ni retórica, ese reto adquiere un sentido práctico: sin normas adecuadas y eficaces es imposible orientar la convivencia de manera pacífica, productiva y ordenada.

La simulación institucional, la corrupción de su integración y funcionamiento y su rebasada carga económica son lastres que nuestro país no puede seguir cargando.

V.

La dimensión social es apremiante. Nuestra desigualdad es indignante y se expresa de muchas formas disruptivas. Su origen está en la ecuación economía-política. Ante el déficit de estas dos variantes las diferentes asignaturas de lo social padecen su deterioro. El abrazo mortal del neoliberalismo dogmático está asfixiando a la democracia, denunció hace algunos años Ermano Vitale.

La apuesta social debe ser integral y ambiciosa. Un aspecto reside en la educación integral y apta para el siglo XXI: qué enseñar, cómo enseñar, para qué enseñar son cuestiones clave. Per también es fundamental fortalecer los servicios de salud, repensar las políticas de vivienda, reencauzar las políticas sociales para atender los problemas estructurales y reconstruir el tejido social que se ha desmadejado. La violencia es una expresión de esa ruptura y de esa descomposición que no es culpa de la pobreza pero germina en la pobreza. En esta dimensión el tiempo se está agotando.

VI.

Todo esto transita de manera paralela con un cambio mundial que no puede soslayarse. Lo hemos repetido hasta el cansancio: hoy la vida interna de los países depende de su entorno regional y global. Y sin embargo, tal parece que no nos hemos hecho cargo de todo lo que ello implica.

El mundo asiste a un cambio de era geopolítica (la inevitabilidad asiática) en la que la hegemonía detentada por Occidente (la Unión Europea y Estados Unidos) presenta un declinamiento progresivo respecto al fortalecimiento geométrico de Asia del Este (China y 17 naciones asiáticas), dando lugar a un recambio del Atlántico al Pacífico cuyas consecuencias se han venido revelando de manera gradual y persistente desde principios de siglo.

Esta nueva realidad geopolítica ha puesto en evidencia la competencia de diferentes modelos económicos que de manera general se esquematizan como: Socialismo de Mercado, de parte de Asia del Este, y modelo neoliberal, por los Estados Occidentales. Estos dos modelos desde 1950 vienen sosteniendo un debate por el desarrollo en el que la mejor parte, como se sabe, la han sacado los países asiáticos, con su consiguiente fortalecimiento económico y social, y en contrasentido, la debilidad acusada de los países europeos y de Estados Unidos. Basta decir al respecto que como resultado de esta competencia económica de 2015 a 2025 el 90% de la clase media que se generará en el mundo corresponderá a los países de Asia del Este y que para 2030 la clase media occidental verá disminuir su participación porcentual en la materia en un 50% promedio.

En el mismo sentido, esta nueva realidad ha expuesto el choque de dos visiones geopolíticas que más allá de la idoneidad de cada una de ellas, la política de Asia del Este, en términos generales, se ha mostrado más eficiente respecto a su dialogo con la globalización del siglo XXI. A diferencia de lo anterior, la mayoría de las naciones occidentales denuncian una insatisfacción con los resultados de su quehacer político y de su manejo económico.

Mientras en Asia del Este priva la idea de un éxito económico y vocación de dominio geopolítico para el presente siglo, en Occidente se habla de un desorden global y de una sociedad del desencanto que lo único que pretende es la restitución, a cualquier precio, de los privilegios perdidos.

Ante la dimensión histórica, geopolítica y económica de la transformación global del Atlántico al Pacífico, el debate en México, de sus temas pendientes, no puede dejar pasar de largo las nuevas realidades que ya desde hace algunos lustros se le presentan de manera recurrente a manera de amenazas o de oportunidades, sin que a la fecha haya reaccionado en ningún sentido.

El *auto encadenamiento* de México con la suerte política-económica de Estados Unidos, agravada por la llegada del Presidente Trump, resulta evidente que no resiste más, y que a partir de esta nueva realidad geopolítica que esta *transformando* el mundo global, México tiene la obligación de revisar y recons-

truir no solo su papel en esta nueva geografía del mundo que estará expandiéndose a 2050, sino que también, ante nuevas alternativas del desarrollo económico y político, el país tendrá que hacer una revisión integral que le permita entrar, aunque sea con retraso, a la nueva dinámica del siglo XXI.

A la nueva era del Pacífico y el liderazgo de China a 2050, habrá que subrayar también que el siglo XXI no es similar a ninguno otro de los que lo han precedido y que de manera vital, del 2000 al 2050 se estarán resolviendo temas inéditos antes nunca enfrentados por la sociedad global como el fin de la era industrial, el fin de la era carbónica, la substitución tecnológica, el reto de la sobrevivencia ambiental, la era de los servicios de alta tecnología, el agotamiento de recursos naturales, altos niveles de desigualdad económica global y desempleo, ingentes flujos de migración, etc., los cuales no permitirán la improvisación ni la negligencia, ya que su mala lectura y administración redundará, como ya es el caso, en perjuicio del bienestar de los gobernados.

Pensar en México y en su futuro también conlleva pensar en ese entorno global y sus desafíos crecientes y cambiantes.

VII.

El Instituto de Investigaciones Jurídicas (IJ) de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), el Instituto para el Desarrollo Industrial y el Crecimiento Económico (IDIC) y El Colegio de México (COLMEX), sensibles a la importancia del cambio de administración del gobierno de México en 2018, desde su ámbito de su responsabilidad, que es el de la propuesta académica, deben tener voz en el debate nacional. Su vocación académica conlleva una responsabilidad social que no puede abstraerse de la realidad política.

No es la primera vez que juntamos esfuerzos para realizar propuestas y proponer soluciones a los problemas nacionales. En 2012 y en 2016 se publicaron dos volúmenes sobre la *Responsabilidad del Porvenir*, que anteceden a esta publicación. En esta ocasión, las tres Instituciones han convocado especialistas de diferentes instituciones y disciplinas para analizar la realidad nacional y generar propuestas de cambio en cuatro ejes temáticos:

I. El reto del desarrollo en la economía global

II. Sociedad, Valores y Desarrollo

III. La Política y su compromiso con el desarrollo

IV. La nueva sociedad global. El reto de la Diplomacia

Se propone una visión integral y multidisciplinaria, que nunca podrá ser exhaustiva pero sí responsable, sólida y comprometida con nuestro país y con su devenir

histórico. El resultado obtenido se integra en dos tomos, en los que se sistematizan temáticamente las investigaciones o reflexiones realizadas.

A los colegas y amigos investigadores que dedicaron su esfuerzo y su tiempo a la realización de estos dos libros, les agradecemos profundamente su compromiso con el proyecto académico. Estamos seguros que gracias a la oportuna entrega de sus trabajos, el contenido de toda la obra podrá participar oportunamente en el debate nacional del 2018 y se sumara a los demás esfuerzos académicos orientados al mismo fin.

IX.

“La idea de responsabilidad —dice Innerarity— está más bien inclinada hacia el pasado; tenemos que dar cuentas por lo que hemos hecho o dejado de hacer; ...” Sin embargo agrega ... “hay que ir más allá de un concepto de responsabilidad limitado a las obligaciones respecto del pasado y expost, abriéndolo a una orientación hacia el futuro”. Concluyendo que “En cualquier caso, la política no podrá estar a la altura de las responsabilidades que le competen, si no consigue introducir reflexivamente el futuro en sus decisiones. Tiene por delante una tarea para la que nadie le puede sustituir: mejorar el saber político del que dispone para enfrentarse prospectivamente a los desafíos del futuro en lugar de limitarse a la gestión improvisada de la crisis” (Innerarity, 2009).

2018 deberá ser un año de oportunidad. Una puerta abierta a la reflexión, al debate sobre un mejor presente y futuro nacional. “LA RESPONSABILIDAD DEL PORVENIR” debería ser razón suficiente para que esto ocurra. La sobrevivencia de la clase política actual sería una segunda razón.

La primera mitad del siglo, en el marco de sus grandes retos, en su histórica renovación, se abre como una oportunidad para todas las naciones del mundo que sepan entenderlo.

Los esfuerzos empeñados en estos dos tomos apuestan porque esto suceda.

Pedro Salazar Ugarte
Arturo Oropeza García
José Antonio Romero Tellaèche

Enero de 2018